

cándida, inocente y pura, luchando á brazo partido con la miseria y atormentada por el hambre, le brindan con el oro.... ¡oro maldito que la deslumbra y la seduce y su honor empañal

Y aquella mujer que hubiera sido una buena madre, una excelente esposa y un miembro útil á la sociedad, se arrastra en el fango de la prostitucion, cruza los dias de la vida por una senda de degradacion de humillaciones y desprecios, y muere aislada, segregada de la sociedad, que la rechaza como á miembro podrido de ella, atormentada por los remordimientos, y mirando fijo ante sus ojos el horrible porvenir de una eternidad de inferos tormentos.

¿Y qué sociedades son las mas útiles á los pueblos? ¿Las lógias donde el honrado artesano, por ocuparse de la cosa pública desatiende su taller dejando de ganar lo que aplicaria á la educacion de sus hijos, pierde el cariño al oficio que le ha dado de comer y se mete á político, despertándose en él ideas de ambicion que nunca conocerá y roban su tranquilidad, ó las filantrópi-

cas y de caridad, donde se reunen cada ocho dias los hombres de sentimientos generosos para contribuir á remediar la desgraciada suerte de los desvalidos?

Nadie creo que dejará de conocer la excelencia de las segundas, y las funestas consecuencias que á los individuos y á las naciones resultan de las primeras.

Vosotros, los que alejándoos de la escuela del aspirantismo os consagrais al alivio del indigente, á enjugar las lágrimas de las familias desvalidas, á tender una mano amiga al prójimo necesitado, vuestros nombres no figurarán en las páginas sangrientas de las revoluciones; pero el dedo de Dios los escribirá con caracteres eternos en el libro santo de la humanidad. Vosotros no alcanzareis la gloria de los conquistadores que dejan una huella de sangre y de esterminio por donde llevan sus huestes triunfantes, pero sí la imperecedera y dulce que el Sér Eterno destina á la virtud y á la caridad.

Hecha ésta ligera digresion en defensa de esas asociaciones benéficas, volvamos á reanudar el hilo de nuestra historia, siguiend

do á la hermosa Soledad en la lectura de su carta.

“Mi primer acto al alejarse las dos personas que me habian llevado el remedio á mi miseria, fué dar gracias á Dios por el señalado favor que me dispensaba. ¡Me habia enviado el alimento, y era ya feliz! ¡El cielo habia dispuesto que viviese de la caridad, yo que habia vivido en la abundancia, y acepté tranquila y resignada su divina disposicion! ¡Siquiera no tenia que ir á pedir limosna de puerta en puerta, agregando al hambre y la miseria, la vergüenza y los insultos!”

“Vivo pobre, aislada, sin sociedad, en un miserable cuarto, sin mas compañía que mis lágrimas y los recuerdos vivos de mi muerta felicidad; pero al menos puedo satisfacer mi hambre y reclinar mi cabeza bajo un techo seguro....”

“Inquieta ya solo por la prision de vd., acudí varias veces al edificio en que gime vd. encarcelado, y otras tantas me retiré desconsolada al saber que estaba vd. incommunicado.”

“Sin embargo, no desistí de mi empeño; y considerando que tal vez el carcelero se ablandaria á mis ruegos, en vez de dirigirme á las personas á quienes hasta entonces habia visto, me apersoné con él; y aunque nada alcancé la primera vez, si llevé la esperanza de conseguirlo mas tarde.”

“Entonces ofrecí á la Virgen marchar á pié hasta su Santuario de Guadalupe y entrar á él de rodillas desde la plaza, si me concedia la gracia de saber noticias de vd. por mí misma, y ayer tuve el gusto de cumplir con mi promesa no bien recibí por mano del carcelero la apreciable carta de vd.”

“¡Cuánto lloré al leerla! Pero aun lloro mas en este instante en que el acendrado cariño que en ella me muestra, me recuerda la negra ingratitud y el desprecio del hombre que, habiéndome jurado amor eterno, se complace en atormentarme.”

“Hablo de Nuñez: del sér á quien juzgué dotado de sentimientos generosos, y que ayer desgarró mi corazon con su fría indiferencia.... Sí, ayer, cuando llena de lágrima

mas y caminando de rodillas marchaba al templo, tropezó conmigo, me hizo lanzar un grito, y ni siquiera le merecí una mirada de compasion."

"La prisa con que caminaba por entre el inmenso gentío, y lo pronto que desapareció á mis ojos, me hizo creer que corria en busca del objeto de su nuevo amor.... de la mujer que sin duda ha ocupado en su corazon el lugar que yo ocupé en otro tiempo mas feliz... ¡Ah! esta idea me oprimió el pecho como si hubieran colocado sobre él la losa del sepulcro, y hubiera muerto prensada por la pena, si el llanto no hubiese venido en mi auxilio, llevando en sus calientes gotas una parte del intenso dolor que me agobiaba."

"Si ha amado vd. alguna vez, comprenderá el sentimiento profundo que causa la indiferencia de la persona amada.... la intensa amargura que vierte en el alma la triste consideracion de no ser amados del sér que idolatramos... que es nuestra vida... nuestro único pensamiento."

"¡Ah! yo lloré, y lloré sin descanso, y pe-

netré en el templo inundada en un mar de lágrimas. Allí rogué á la Virgen arrancase de mi corazon la memoria de aquel hombre que no debia amar ya; pero la naturaleza débil y rebelde, era mas fuerte que la voluntad, y la imágen del ingrato se asociaba á todas mis ideas, á todos mis pensamientos; pero no con la fealdad de la ingratitud y de la falsía, sino dulce, tierno, amante y cariñoso como en los dias de nuestra felicidad, cuando embriagado de amor me pintaba el mundo como un eden de interminables y celestiales goces. ¡Ah! mucho... mucho me hace llorar y padecer.... pero yo le perdono mis padecimientos y mis lágrimas! ¡Debiera odiarle... y sin embargo, le amo... y le amo mas que nunca!"

Y la hermosa Soledad no pudo contener un ahogado suspiro, ni el llanto que brotó en aquel instante de sus ojos, y fué á humedecer el papel en que estaban escritos sus tiernos sentimientos.

Pasado un breve instante, continuó:

"Pero en medio del dolor y de la pena que me oprimian el alma, Dios quiso pro-

porcionarme un consuelo, enviándome á un hombre que conocia toda la amarga historia de mi vida, al doctor Willey, que me habló de mis queridos padres; de los dos seres que nunca me olvidaron, que á todas horas le hablaban de mí; de su desventurada hija á quien siempre creyeron inocente y pura. ¡Pobres padres míos! ¡Si le viérais á la que tanto amasteis reducida al triste estado en que se encuentra, viviendo en un oscuro y miserable cuarto que la piedad cristiana le proporciona.... sin otro consuelo que vuestra memoria, ni mas apoyo que la caridad.... volaríais á mi encuentro, y uniríais vuestras lágrimas á las mías para enjugarlas luego y colmarme de caricias y de felicidad!”

“¡No lo cree vd. así, querido hermano? ¡Ah! ¡aun ignoro si viven y dónde se hallan, pues el doctor que me prometió venir á verme á las tres de la tarde de ayer, me envió después un recado con un criado, diciéndome que no podia verificarlo por una ocupacion que se le habia presentado, y que hoy vendria sin falta. ¡Ah! ¡le estoy es-

perando con impaciencia para que me hable de ellos!”

“¡Adios, desdichado amigo: tenga vd. confianza en Dios: ruegue vd. á él por su desventurada hermana, como yo lo hago porque resplandezca su inocencia, y vuelva vd. al mundo para consolar á su reconocida, triste y leal amiga!—*Soledad.*”

La hermosa jóven, despues de secarse algunas lágrimas que arrancó la lectura de lo que acababa de escribir, se preparaba á cerrar la carta, cuando llamaron á la puerta que estaba entornada.

Sospechando quién fuese, se levantó al instante y corrió á abrirla.

La alegría y el placer se retrataron en el semblante de la jóven al ver á la persona que llamaba.

Era Willey, á quien esperaba con impaciencia para saber noticias de sus queridos padres.

El doctor se estremeció de placer al tocar la mano de su víctima para saludarla.

En su pecho se encendió el ínfero fuego de una pasion bastarda y criminal; pero

bastante diestro para disimular su llama bajo un exterior hipócrita, compasivo y franco, no dejó ver en su rostro ni la menor señal que denunciase su reprehensible afecto.

Soledad le suplicó que entrase, y le ofreció una silla.

Estaba contentísima.

La presencia de aquel hombre le traía á la memoria los dulces instantes que pasó al lado de sus padres, cuando querida y mimada de ellos le sonreía un porvenir de felicidad y de amor.

Ignoraba la cándida paloma, que habia conducido á su albergue al terrible alcon que buscaba la ocasion oportuna para devorarla.

El doctor echó una mirada escudriñadora por el cuarto, y examinó el terreno escrupulosamente, como examina un esperto general el sitio en que ha de dar la batalla.

Soledad le volvió á suplicar que se sentase, y el doctor tomó una silla.

—Estoy conmovido—dijo despues de un

instante y sentándose—al ver á vd. reducida á este humilde cuarto donde se marchita su belleza, separada del trato de la sociedad, en que tanto brilló vd. en época no muy lejana.

—¡Dios lo ha dispuesto así, señor Willey: y la religion me ordena conformarme con su voluntad! Pero mi destierro y mi pobreza me importan poco en este instante: lo que me interesa, lo que anhelo saber es dónde se encuentran mis amados padres.... si aun se acuerdan de su pobre hija.... ó si han muerto por desgracia!

—Ignoro esto último.—Contestó el doctor que ya llevaba fraguada una historia para engañar á su víctima.—A los pocos dias de haber desaparecido vd., y de dar todos los pasos posibles para encontrarla, partieron inconsolables para Guadalajara, despues de haber comprado allí una hacienda con el dinero que les produjo aquí la venta de sus casas.

—Continúe vd.

—Yo me quedé con el encargo de hacer todas las pesquisas posibles para saber lo

paradero de vd. y avisarles de todo cuanto hiciese con este objeto.

—¡Desdichados!—Exclamó Soledad conmovida.

—Cada ocho dias escribia dándoles noticia de cuanto practicaba para dar con vd., y de la esperanza que me hacian concebir algunos amigos que me ayudaban.

—¡Cuánto le agradezco á vd. ese noble interes, propio solo de un alma generosa y buena!

—Yo no hacia más que cumplir con un deber de humanidad; pero el éxito no correspondió á mi afan y mis deseos. Nadie supo darme razon de vd., y yo tuve el sentimiento de no poder llevar el consuelo al corazon de sus afligidos padres, anunciándoles el feliz encuentro de su querida hija.

—¡Desdichados! ¡Y le escribieron á vd. ellos?

—Todos los correos. Otro dia le enseñaré á vd. las cartas, llenas de ternura, que me escribian con respecto á vd., hermosa Adela. La última que me escribieron fué anunciándome que iban á S. Luis. Desde

entonces no he vuelto á saber de ellos. Cier- to es que yo estuve ausente de México al- gunos meses; y si me escribieron, habrán dejado de hacerlo no recibiendo contesta- cion.

—¡O habrán muerto acaso!—Exclamó la jóven con marcado abatimiento.

—No; yo no lo creo así. Dios no habrá querido llevarles de este mundo sin pre- miar la virtud, concediéndoles la dicha ine- fable de ver á su tierna y desgraciada hi- ja.—Contestó con aire y acento hipócritas Willey.

—El cielo lo permita.

—Sin embargo, yo tomo á mi cargo sa- berlo dentro de pocos dias, pues tengo ami- gos en Guadalajara que me darán razon de ellos en cuanto les escriba.

—¡Ah! sí, pregúnteles vd.: sepamos si vi- ven, y despues me aconsejará vd. lo que de- bo hacer.

—Lo haré con todo empeño.

—¡Gracias, querido amigo! No sin moti- vo esperaba con indecible anhelo la llega-

da de vd., señor Willey. ¡Es tan grato para un hijo oír que le hablan de sus padres!

—Yo también anhelaba este momento, y ayer mismo hubiera tenido la dicha de venir á verla á vd., si un asunto indispensable, y del momento, no me lo hubiera impedido.

—Mil gracias. ¡Cómo contrasta la noble conducta y el empeño de vd., que nada me debe, con la indiferencia de otro hombre á quien correspondía ocuparse asiduamente de consolar á mis afligidos padres y de indagar dónde me hallaba!

—¡Habla' vd. del hombre que, según me dijeron ellos, debía haberse unido á vd?

—Sí, señor Willey.

—¿Es decir que no ha vuelto á consagrar á vd. su corazón?

Preguntó admirado Willey, que ignoraba la suerte que había corrido Soledad desde que la salvaron de la prisión, así como el nombre de la persona que debía haberse unido á ella.

—Todo lo contrario.

—¡Oh! esa conducta es incalificable. ¡Y

cuál es el nombre de quien así se ha burlado de sus juramentos?

—¿Pues qué, lo ignora vd?

—Completamente. Su buen padre de vd. me habló de su próxima union con un individuo, pero no me dijo el nombre de éste, ni yo tuve la curiosidad de preguntarle.

—Y sin embargo, tal vez le tratará vd.

—Puede ser muy bien.

—Al menos, así como vd., frecuenta la buena sociedad.

—Pero ¿cuál es su nombre?

—Francisco Nuñez.

—¡Cómo!

Exclamó asombrado Willey.

—¿Le trata vd?

—Tratarle, no.

—Pero ¿le conoce vd?

—Conocerle...—contestó el doctor deteniéndose como quien tiene repugnancia en confesar una cosa que deshonra—conocerle, sí.

—¡Ah! la manera con que ha pronunciado vd. esas palabras me hielan.

Dijo Soledad afligida.

—¿Por qué?

—Porque me indica que el conocimiento de Nuñez no le es á vd. muy lisonjero.

—No.... yo no trato de....

—¡Ah! no me oculte vd. la verdad, señor Willey: yo tengo necesidad de saber el lugar que ocupa ese hombre en la sociedad, y vd. me va á dar una prueba de aprecio revelándome la verdad.

—Pero señorita....

Exclamó Willey tratando con su estudianta resistencia de dar mas fuerza á la imposición que fraguaba para desconcepcionar al jóven.

—Le pido á vd. ese sacrificio en prueba del aprecio que se ha dignado vd. manifestarme.

—¿Lo desea vd?

—Lo deseo.

—Pues bien, ese hombre es indigno del cariño de un corazón virginal y tierno como el que vd. abriga!—Dijo el doctor sintiendo renacer el ódio contra el jóven que le habia vencido y humillado, y procu-

rando alejar con la calumnia del lado de la hermosa toda persona que pudiera defenderla: su empeño era aislarla de todo sér viviente, y se habia propuesto poner en juego todos los medios para conseguirlo:—Su conducta, desde hace algun tiempo, ha sido escandalosa. Despues de haberse burlado de la credulidad de mas de una hermosa, entabló nuevas relaciones amorosas con una jóven cándida y hermosa, que tuvo la debilidad de creer en sus palabras. Músico y poeta como Apolo, y dominado como éste por la afición ardiente al sexo encantador, su vida fué por largo tiempo una cadena de escenas amorosas, cuyo palco escénico lo formaban los salones en que tenían lugar los bailes y los conciertos á que concurría todos los dias.

Soledad escuchó aquellas palabras pálida y temblando.

Habia creído en la indiferencia de su amante; pero nunca se imaginó que fuese capaz de insultar su desgracia en vez de compadecerse de ella.

Conocía que era preciso olvidarle, des-

terror para siempre su memoria, y sin embargo, le amaba.

Willey leía lo que pasaba en el corazón de su víctima, y confiaba en su triunfo.

—¡Ah! ¡jamás le creí capaz de semejante infamia!—exclamó la jóven sin poder contener su dolor.—¡Qué mal ha correspondido á mi acendrada pasión, á mi inextinguible cariño!

Y las lágrimas del sentimiento rodaron por su angélica faz.

—No es digna su memoria de ese precioso llanto, que se afanarían en enjugar los príncipes de la tierra.

—¡Y sin embargo, no le puedo olvidar! ¡Le amo á pesar de todas sus ofensas!

Willey comprendió que no era el momento oportuno para tratar de persuadirla, y dejando al tiempo la conclusión de la obra que bajo tan buenos auspicios había comenzado, dijo con aire más tranquilo:

—Pero, ¿no tendrá vd. la bondad de referirme lo que fué de vd. la noche de su desaparición; el motivo que existió para ella,

y todas las circunstancias que han acompañado á su larga ausencia?

Y el doctor esperó que respondiera á pesar de que conocía como ella misma la historia de su desaparición, puesto que había sido el autor del rapto, aunque ignoraba lo que fué de ella después de haberse salvado del sitio adonde había ordenado llevarla.

Soledad no titubeó en acceder á la súplica de su falso amigo, y contó punto por punto cuanto tenía relación con aquel triste episodio de su vida, que el lector conoce ya.

El doctor fingió una indignación extrema hácia el malvado que había vertido la amargura en el corazón virginal de la hermosa, y un respeto y admiración indecibles por el jóven que la había arrancado de las garras de sus verdugos y gemía en aquel instante preso en un oscuro calabozo.

—Es preciso conseguir la libertad de D. Félix:—exclamó con calor.—Sí; es preciso, y yo la alcanzaré. Tengo amigos de influencia con el gobierno, que obsequiarán mi deseo, y la inocencia quedará triunfante.

—¡Oh, sus palabras hacen renacer en mi alma la esperanza, y vierten el consuelo en mi corazón!

—¡Oh! ¡cómo no supe que vivía vd. en casa de D. Felipe, de mi mejor amigo! ¡Cuántas penas se habría vd. ahorrado! Siempre aprecié á D. Félix, y no le creí culpable. ¿Y no ha llegado vd. á saber el nombre del infame que le arrebató inhumano del lado de su familia?

—No señor.

—¿Ni sospecha vd. quién pueda ser?

—Tampoco.

—¡Oh! ¡daría la mitad de mi fortuna por saberlo! ¡Su castigo sería entonces proporcionado á su crimen!

Parecía tan natural la exaltación que manifestaba Willey, tan propia la gesticulación y los movimientos que acompañan á la ira, que Soledad, lejos de comprender la comedia que se representaba á su vista, quedó sumamente agradecida al interés que demostraba.

—Olvidemos los males que me han causado, y tratemos de remediar los del infeliz

á quien la calumnia y la injusticia han arrebatado su dicha y su tranquilidad.

—Tiene vd. un corazón de ángel, hermosa Adela, y lo envidio. Pero sí; tiene vd. razón: es más noble, más generoso olvidar al que nos ofende, para acordarnos del que nos ha favorecido.

—Me alegro que no desaprobe vd. mi opinión.

—Si no estuviese incomunicado podríamos hacerle algunas preguntas que serían muy convenientes para dar yo los primeros pasos con más seguridad.

—Pues no hay inconveniente para hacer selas.

—¡Cómo!

—El carcelero nos favorece, y hará pasar á sus manos el papel en que se le hagan las preguntas, y recibir la contestación por su conducto.

—¿Será posible...?—Dijo admirado el doctor.

—En prueba de que es cierto lo que digo, aquí tiene vd. la carta que de él recibí

ayer, y la contestacion que yo misma le llevaré dentro de un instante.

—¡Una carta de él y otra de vd!—Repuso Willey meditando:—á verlas.

—Aquí las tiene vd.—Dijo la hermosa jóven presentándoselas candorosamente.

El doctor leyó detenidamente las dos cartas, y aunque en su corazon bullian los sentimientos de indignacion, de enojo y de disgusto, á su rostro solo hacia que asomasen los del pesar, del sentimiento y del dolor.

Era un verdadero actor que desempeñaba con perfeccion el papel que se proponia representar, y que persuadia al mas suspicaz y receloso.

Mientras las leía, solo meditaba en la manera de cortar aquella correspondencia, y en perder al carcelero que la favorecia; y sin embargo, el llanto corria de sus ojos abundantemente.

El venia á realizar el Proteo y el Jano de la fábula; pues como el primero, mudaba, por decirlo así, de formas cuando creia conveniente, y tenia dos caras, como nos lo presentan al segundo.

No le convenia para sus planes que existiese correspondencia alguna entre D. Félix y la jóven, y mucho menos que hablasen de él en sus cartas.

Félix le conocia; sabia que era amigo de Duval, y natural era que al elogio que la hermosa hacía de él, contestase el calumniado dependiente revelando alguna cosa que le desconceptuara, pintándole con los colores que le correspondian.

Sin embargo, disimuló: aplaudió el estilo y sentimiento en que estaba concebida la carta de la jóven, y se ofreció á ser portador de ella.

Soledad, que procuraba salir de su casa lo menos posible, se manifestó agradecida á la oferta, y contestó:

—Admitiria su favor, si no temiese abusar de la bondad de vd.

—He dicho á vd. antes que aprecié á ese jóven cuando le ví en casa de mi desgraciado amigo Flan; y puesto que es inocente en el crimen que se le imputa, como vd. dice, y yo lo creo ahora, tengo empeño en entregarle la carta al carcelero, para en-

cargarle al mismo tiempo algunas cosas importantes al bienestar del preso.

—Cada rasgo de vd. es para mí una nueva deuda de gratitud que contraigo gustosa. Ahí tiene vd. la carta, ya que se digna llevarla.

—Dentro de media hora estará en poder del interesado, cuya alma se inundará de placer con su tierno contenido.

—Ese es mi deseo.

Willely creyó que por aquel día había conseguido cuanto podía apetecer; la confianza de su víctima; descubrir la debilidad del carcelero, impidiendo así que se cruzase correspondencia alguna entre la mujer cuya virtud anhelaba vencer y el hombre que podía descubrirle; conocer el estado de miseria en que vivía Soledad, y saber de dónde recibía los pocos recursos con que contaba para vivir.

Privarle de éstos para reducirla á la mendicidad y triunfar de ella luego con ricas y abundantes dádivas; impedir que pudiera en lo sucesivo comunicarse con Félix, y hacer que se borrara de su mente hasta la

memoria de Nuñez, fué el pensamiento que acarició interiormente, y que se dispuso á ponerlo por obra.

—Sí;—dijo para sí.—Es preciso aislarla; reducirla á la miseria; alejar de ella á esos hombres que se ocupan en actos de caridad; y cuando se vea sola, abandonada, privada de todo recurso humano, sin esperanza alguna, detestando el nombre del jóven que aun ama, entonces yo le brindaré con los tesoros que poseo, le proporcionaré todas las comodidades manifestando el mayor desinterés, y cautiva de mis acciones, empezando por admirarme, acabará por ser mía en cuerpo y alma.

Al acabar de concebir este infame pensamiento, se levantó de la silla, tomó su sombrero, y se dispuso á salir.

—¿Me deja vd. tan pronto, señor Willely?—Preguntó la hermosa Soledad con sentimiento de separarse de un hombre en quien creía ver reunidas todas las virtudes.

—Sí, hermosa Adela; el deseo de servir á vd. entregando esta carta á la persona que debe estarla esperando con ansia, me

obliga á privarme del placer de continuar por ahora á su lado.

—Es vd. muy generoso y atento conmigo.

—No hago mas que obedecer á los sentimientos de mi corazon. Adios, Adela; des-tierre vd. de su mente toda idea de tristeza, y ponga vd. su esperanza en Dios, que sin duda se dispone á premiar con usura sus padecimientos.

—¿Cuándo tendré el gusto de que vuelva vd. á honrar mi pobre cuarto?

—Mañana tendré la satisfaccion de venir á escuchar el dulce acento del ángel que lo habita.

Y despues de darle la mano y hacer una inclinacion de cabeza, se ausentó meditando en los medios de llevar á cabo sus infames proyectos.

Soledad, pensamiento de ángel y alma de paloma, bendijo á Dios por el encuentro de aquel hombre á quien juzgaba el mas bueno de la tierra, y contaba los instantes que debian pasar para que su carta llegase á manos del sér que gemia aprisionado.

Pero ¡llegaron las letras dictadas por

el corazon y trazadas por su temblorosa mano, á embalsamar las heridas del alma de su supuesto primo?

¿Cumplió el doctor Willey con la promesa que de entregarlas habia hecho?

Hé aquí lo que veremos en la continuacion de nuestra historia.